

venga en mi nombre, os presentará una esquila como ésta.

— ¿Y será esto suficiente?

— Nada lo es jamás; os enseñará también la mitad de la moneda de oro, y cuando lleguéis á la puerta de la casa donde os lleve, le pediréis la tercera señal de reconocimiento.

— Que será.....

— El papel.

— Muy bien, dijo Gastón; con semejantes precauciones es imposible ser engañados. Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

— Ahora, esperad. ¿Pensáis salir hoy?

— No.

— Pues bien, quedaos aquí, nada os faltará; voy á recomendaros al posadero.

— Gracias.

— Querido Champaña, dijo el fingido la Jonquiere á Tapin abriendo la puerta: el caballero de Chanlay va á ocupar desde hoy mi habitación, y os lo recomiendo para que le tratéis como si fuera yo mismo.

Después cerró la puerta, y dijo al salir: «Maese Tapin, este joven vale un Perú; ni vos, ni vuestra gente le habéis de perder de vista un solo instante. Me respondéis de él con vuestra cabeza.

XIII

Su excelencia el duque de Olivares

Dubois se separó del caballero, admirando, como en más de una ocasión lo había hecho, la casualidad providencial que ponía de nuevo en sus manos todo el porvenir de la Francia y del regente. Al atravesar la sala general del figón vió á Hulismeo, que estaba hablando con Tapin, y le hizo seña de que le siguiera. Debemos recordar que Hulismeo era el encargado de llevarse al verdadero capitán la Jonquiere. Llegados á la calle, Dubois se informó con interés de lo que había pasado con el digno capitán. Había sido llevado ocultamente y bien atado á las prisiones de Vincennes, para que no pudiese impedir la acción del gobierno; en aquella época reinaba un sistema preventivo muy cómodo para los ministros.

Dubois, informado ya acerca de este importante punto, continuó pensativo su camino. Quedaba todavía la mitad por hacer; lo que acababa de verificarse, era lo más fácil; lo más difícil consistía en decidir al regente á que entrase en la clase de

negocios á que más horror tenía; es decir, la política de asechanzas y alevosías. Comenzó pues por indagar el sitio en donde se hallaba el príncipe, tratando de saber en qué se ocupaba.

En efecto, lo averiguó. El duque de Orleáns estaba en su laboratorio, no como regente, sino como artista, concluyendo un grabado al agua fuerte, preparado por Humbert, su químico, el cual en una mesa inmediata disecaba una cigüeña por el método de los Egipcios; método que pretendía haber descubierto.

Al mismo tiempo un secretario leía al príncipe una correspondencia, cuya cifra solo el regente conocía.

De improviso se abrió la puerta con gran admiración del duque, que se retiraba á aquella estancia siempre que quería desentenderse de los negocios, y un ujier anunció con voz sonora al señor capitán la Jonquiere.

El regente se volvió.

— ¡La Jonquiere! dijo, ¿quién es la Jonquiere?

Humbert y el secretario se miraron sorprendidos de que se introdujese de aquel modo un extraño en su santuario.

Acto continuo, una cabeza puntiaguda y prolongada, muy semejante á la de un zorro, se asomó á la puerta.

El regente tardó un rato en reconocer á Dubois, tan bien disfrazado estaba; pero al fin la nariz afi-

lada de éste, que no tenía igual en el reino, le descubrió.

Entonces sucedió en el rostro del príncipe la expresión de una risa continuada, á la de sorpresa que al principio había mostrado.

— ¡Cómo! ¡eres tú, abate! ¿Qué significa ese nuevo disfraz?

— Esto significa, señor, que he mudado de piel; y de zorra que era me he vuelto león. Y ahora, señores químico y secretario, dispensadme el obsequio, vos de ir á embalsamar vuestro pájaro á otra parte, y vos de dejar vuestra carta para otra ocasión.

— ¿Y por qué? dijo el regente.

— Porque tengo que hablar á vuestra alteza de negocios importantes.

— ¡Véte al diablo con tus negocios! se ha pasado la hora; vuelve mañana.

— Creo que vuestra alteza no querrá exponerme á que me quede hasta mañana con este maldito traje, y si me muriese de repente... ¡oh! ¡Dios me libre! no me consolaría jamás.

— Composte como puedas; he decidido dedicar al placer el resto del día.

— Pues bien; justamente vengo á proponer á vuestra alteza que adopte otro disfraz.

— ¡Yo un disfraz! ¿qué es eso, Dubois? continuó el regente creyendo que se trataba de algún baile de máscaras.

— Vamos, monseñor, ya se os hace la boca agua.

— Habla, ¿cómo lo has arreglado?

— En primer lugar, que salgan de aquí el químico y el secretario.

— ¿Te empeñas en ello?

— Absolutamente.

El regente despidió con un ademán amistoso á Humbert, y al secretario con una indicación de mando.

— Veamos, ¿qué me quieres?

— Deseo presentar á vuestra alteza un joven que acaba de llegar de Bretaña, y que me le han recomendado muy particularmente; es un buen muchacho en toda la extensión de la palabra.

— ¿Y cómo se llama?

— El caballero Gastón de Chanlay.

— De Chanlay... repitió el regente; de Chanlay... ese nombre no me es del todo desconocido.

— ¿De veras?

— No; me parece haberle oído pronunciar en otro tiempo, pero no recuerdo en qué circunstancias. ¿Y qué vine á hacer á París tu protegido?

— Monseñor, no quiero privaros de la sorpresa de saberlo; él mismo os lo dirá.

— ¡Á mí!

— Sí, monseñor; es decir, á su excelencia el duque de Olivares, cuyo papel desempeñaréis, si gustáis. ¡Ah! mi protegido es un conspirador muy discreto, y no me ha costado poco (gracias á mi

policía siempre la misma) ponerme al corriente de todas estas cosas. Venia dirigido á un tal la Jonquiere, que debía presentarle al duque de Olivares. ¿Me comprendéis ahora, monseñor?

— Te confieso que no entiendo una palabra.

— Pues bien; yo he sido el capitán la Jonquiere; pero no puedo ser á la vez la Jonquiere y duque de Olivares.

— ¿Y por consiguiente has reservado ese papel?.....

— Para vuestra alteza.

— Gracias; conque es decir, que por medio de un nombre fingido sorprenda los secretos.....

— De vuestros enemigos, interrumpió Dubois; ¡vive Dios que es un gran delito! ¡como cuesta tanto el cambiar de nombres y de trajes! ¡como si por semejantes medios no hubieseis sorprendido otras cosas más graves que secretos!... Pero acordaos que en virtud de este carácter aventurero con que nos ha dotado el cielo, nuestra vida es una especie de máscara continua. Monseñor, me parece que después de haberos llamado Alain y maese Juan, bien podéis sin degradaros tomar el nombre de su excelencia el duque de Olivares.

— Querido, me gusta disfrazarme cuando esta broma puede proporcionarme una distracción cualquiera; pero.....

— Pero disfrazaros, continuó Dubois, para conservar el reposo de la Francia, para impedir á los

intrigantes trastornar el reino, y á los asesinos que os den de puñaladas, eso no. Ya entiendo, si fuese para seducir á la quincallerita de Puente-Nuevo, ó á la viudita de la calle de San Agustín, pase; esto ya valdría la pena.

— Pero en fin, dijo el regente, si como siempre, cediese á tu deseo, ¿qué resultaría?

— Resultaría, que tal vez podría convencerlos de que no soy un visionario, y me permitiría velar por vuestra persona, ya que vos, monseñor, no queréis hacerlo.

— Pero si todo ello no vale nada, ¿me veré desde ahora para siempre libre de tus importunidades?

— Sí, monseñor, empeño mi palabra de honor.

— Abate, si te fuese igual, mejor querría que hiciese otro juramento.

— Monseñor, sois sumamente descontentadizo; cada uno jura lo que puede.

— Está visto que este tunante ha de hacer de mí lo que quiera.

— ¿Consiente vuestra alteza?

— ¿En esa tontería?

— Después verá monseñor si lo es.

— Creo, Dios me perdone, que inventas las conspiraciones para asustarme.

— Entonces están bien inventadas: ya veréis esta, monseñor.

— ¿Estás satisfecho de ella?

— Muchísimo.

— Si no llego á tener miedo, ¡pobre de ti!

— Vuestra alteza exige demasiado.

— Me adulas; ¿no estás acaso seguro de tu conspiración?

— Muy seguro; y os juro, monseñor, que gozaréis de cierta sorpresa, y tendréis una gran satisfacción en hablar por boca del duque de Olivares.

Y Dubois, que temía que el regente revocase su decisión, se inclinó y salió del aposento.

Después de esto, entró un correo precipitadamente en la antecámara, y dió una carta á un paje, el cual entró en la habitación del regente, que solo al ver la letra dejó escapar una exclamación de sorpresa.

— ¡Ah! de la Desroches, ¿qué habrá ocurrido?

Abrió la carta apresuradamente y leyó lo que sigue:

« Monseñor: la joven que me habéis confiado me parece que aquí no está segura. »

— ¡Bah! exclamó el regente; después continuó:

« La vida de París, que vuestra alteza temía por ella, es mucho mejor que este retiro, y no me siento con fuerzas para defender como quisiera, ó tal vez como sería preciso, la persona que vuestra alteza me ha confiado.

— ¡Hola! esto se va embrollando, dijo el regente.

» Un joven que había ya escrito ayer á la señorita

Elena antes de que vuestra alteza llegase, se presentó esta mañana en el pabellón; quise negarle la entrada, pero la señorita me ordenó con tono tan resuelto que obedeciese y me retirase, que en su mirada de fuego y en su aire distinguido no he podido menos de reconocer (no quisiera desagradar á V. A. R.) la sangre que circula por sus venas.

— Si, sí, dijo el regente sonriéndose á pesar suyo; es hija mía. » Luego añadió. « ¿Quién podrá ser ese hombre? Algún mozalbete que la habrá visto en el locutorio del convento. Si esta necia de Desroches me dijese al menos su nombre... » y continuó leyendo:

» Creo, monseñor, que la señorita y el expresado joven se conocen hace mucho tiempo. Me he atrevido á escuchar su conversación por el mejor servicio de vuestra alteza, y no obstante estar cerradas las dos puertas, en un momento en que alzaban la voz, he podido distinguir estas palabras: « veros como antes. »

» Dignese, pues, vuestra alteza librarne del inminente peligro que corre mi vigilancia, suplicándole me comunique una orden positiva por escrito, con la cual pueda yo escudarme y sostener la cólera de la señorita. »

— ¡Diablo! continuó el regente: ¡ahora viene el amor á complicar la situación! Pero, no, es imposible. Educada severamente en tan absoluto retiro, en el único convento de Francia tal vez en que los

hombres no pasan jamás del locutorio, en una provincia en que se dice que las costumbres son tan puras... No, esta es una aventura que la Desroches no comprende, acostumbrada como está á las intrigas de la corte, y alarmada por las diabluras de mis otras hijas... Pero veamos lo que me dice en postdata:

« P. D. Acabo de informarme en la fonda del *Tigre Real*. El joven llegó ayer á las siete de la tarde, es decir, tres cuartos de hora antes que la señorita: venia por el camino de Bretaña y viajaba con el nombre del caballero de Livry. »

— ¡Hola! dijo el regente, esto es más peligroso. Este es un plan concertado de antemano. ¡Pardiez! no reiría poco Dubois si le hablase de esta circunstancia; no dejaría de repetirme mis disertaciones sobre la pureza de las jóvenes que se hallan lejos de Versalles y de París. Pero creo que, á pesar de su policía, no sabrá nada de esto. — ¡Hola! ¡paje!

El paje que había llevado la carta entró.

El duque escribió apresuradamente algunas líneas.

— ¿Está ahí el mensajero que ha llegado de Rambouillet?

— Monseñor, está esperando la contestación, respondió el paje.

— Bien, dále este billete y que salga al punto.

Un instante después resonaban en el patio las herraduras del caballo del correo que se alejaba.

Mientras Dubois disponía la entrevista de Gastón con el duque de Olivares, hacía *in pectore* el siguiente cálculo : Tengo influencia con el regente ; por él mismo y por medio de su hija : la intriga de ese joven es sin consecuencia ó seria ; si es sin consecuencia, la destruyo exagerándola ; si es seria, el duque reconocerá el mérito que he adquirido. Pero es preciso no dar dos golpes de una vez : *Bis repetita placent...* ; Bueno ! ; otra cita latina ! ; que no he de poder jamás perder esta costumbre !... Está dicho ; salvemos primero al duque y después á su hija ; habrá dos recompensas... ¿No es esto?... Veamos... el duque primero. Si ; si la joven sucumbe, nadie se pierde ; si el hombre muere, queda perdido un reino... Empecemos pues por el duque.

Y tomada esta resolución, Dubois despachó un correo á Nantes con pliegos urgentes para el señor de Montarán. Ya hemos dicho que éste había sido en otro tiempo gobernador de Bretaña.

Gastón había tomado su partido ; avergonzado de tener que entenderse con un hombre como la Jonquiere, y hallarse respecto á semejante bribón en una posición inferior, se felicitaba porque en adelante iba á entrar en relaciones con otro jefe más digno, resuelto como estaba, si en el jefe veía la misma venalidad y bajeza, á volverse á Nantes para contar á sus amigos lo que había visto y preguntarles lo que debía hacer.

De Elena no dudaba ; conocía su ánimo varonil, su amor y su lealtad ; y sabía que se dejaría matar antes que cometer una falta que le hiciese avergonzarse delante de su amigo más querido : veía con placer que la dicha de haber hallado un padre no había alterado en nada su cariño, y que la fortuna presente no le hacía olvidar lo pasado. Pero tampoco le dejaban sosegar un momento sus temores acerca de aquella paternidad misteriosa. En efecto, ¿qué monarca no habría declarado públicamente que una persona como Elena era hija suya á no oponerse algún obstáculo vergonzoso ?

Gastón se vistió con elegancia. Hay dos especies de coquetismo ; el del placer y el del peligro. Embelleció su persona, joven y graciosa, con el atractivo que el airoso traje de la época podía prestar á un rostro pálido y varonil, coronado de hermosos cabellos negros ; su pierna fina y nerviosa se dibujaba bajo la seda ; sus hombros y pecho cubiertos de terciopelo ; por último, una pluma rodeaba el sombrero y caía después ondulando graciosamente á un lado. Ataviado así el joven se miró al espejo, se sonrió y le pareció que tenía un aire de conspirador muy distinguido.

El regente, por consejo de Dubois, se puso un traje de terciopelo negro y una gran corbata que le cubría la mitad del rostro, por temor de que el joven le conociese, pues había en aquella época multitud de retratos del duque de Orleans.

La entrevista debía verificarse en una casa pequeña del arrabal de Saint-Germain, en que vivía una de las queridas de Dubois, la cual la desocupó por mandato de éste. Entre los dos cuerpos principales del edificio había un pabellón cerrado completamente á la luz, y adornado con espesos tapices y alfombras. Al anochecer llegó allí el regente en una berlina que había salido del Palacio Real por una puerta trasera.

XIV

Monseñor, somos bretones

Según ya sabemos, mientras que Gastón se quedaba vistiendo en su nuevo aposento del piso bajo, maese Tapin continuaba su aprendizaje de posadero. Así por la noche sabía ya medir media azumbre de vino tan bien como su antecesor y aun acaso mejor: porque adivinaba que la indemnización que se pagase después á Borgoña, figuraría en la cuenta lo que hubiera dado de más; y calculaba que cuanto menos diera ahora, más cuenta le tendría luego; por lo tanto, la parroquiana que había ido por el día, se retiró muy poco contenta por la noche.

En seguida que Gastón estuvo vestido, para acabar de formar su opinión acerca del carácter del capitán la Jonquiere, hizo inventario de la biblioteca: componíase ésta de tres clases de libros; libros obscenos, y libros de aritmética y de táctica. En estos últimos el *Perfecto sargento mayor* estaba encuadernado de un modo particular y parecía haber sido muy leído; después se hallaban las

memorias del capitán, memorias de gastos, se entiende, redactadas con el orden y minuciosidad de un furriel. Esto admiró bastante á Gastón, más lo creyó un disfraz para ocultar el carácter de conspirador.

Mientras Chanlay se dedicaba á aquel examen, entró un hombre, que le presentó Tapin, saliéndose éste al momento discretamente y dejándolos solos. Luego que se hubo cerrado la puerta, el hombre se aproximó á Gastón, y le manifestó que no pudiendo ir á buscarle el capitán la Jonquiere, le habia enviado á él en su lugar. Gastón le pidió las señas convenidas, y el desconocido sacó primero una carta del capitán redactada exactamente y de la misma letra que la muestra que Gastón tenia en la mano, y después le enseñó la mitad de la moneda de oro. El joven conoció entonces que aquel era efectivamente el enviado del capitán á quien esperaba, y no puso ninguna dificultad en seguirle. Subieron ambos á un coche enteramente cerrado, lo que nada tenia de extraño, atendiendo al objeto de la expedición.

Gastón vió que atravesaba el río por el Puente Nuevo, y que bajaba á lo largo de los malecones; pero al entrar en la del Bac dejó de ver, porque á poco se detuvieron en un patio enfrente de un pabellón. Entonces el compañero del joven sacó del bolsillo y le presentó sin que se lo pidiese, el papel cortado en el cual se hallaba escrito el nom-

bre del caballero; de modo que si éste hubiese abrigado alguna duda, habria desaparecido.

La portezuela se abrió, y ambos se apearon. Después de haber subido las cuatro gradas del vestibulo, se hallaron en un ancho corredor circular que rodeaba la pieza principal de que se componia el pabellón. Antes de abrir la mampara de una de las entradas, volvió Gastón la cabeza en busca de su guía; mas habia desaparecido. El caballero estaba solo.

El corazón le latía con violencia. No era ya un hombre vulgar con quien iba á conferenciar; no se trataba del vil instrumento puesto en acción, sino del pensamiento mismo del complot: iba á ver cara á cara la idea de la conspiración hecha hombre; iba á hallarse como representante de la Francia delante del representante de otro rey; iba á hablar con la España, y á presentar al extranjero la oferta de una guerra de coalición contra su patria. Jugaba un reino con otro reino.

Al cabo de breves instantes sonó en lo interior una campanilla. Su sonido hizo estremecer á Gastón; miróse en un espejo, y se vió pálido. Apoyóse en la pared, porque sus rodillas se doblaban involuntariamente: asaltáronle en el acto mismo multitud de pensamientos que jamás se le habían ocurrido. El pobre caballero tenia aun mucho que sufrir.

En aquel momento se abrió la puerta, y Gastón

se halló delante de un hombre en quien reconoció á la Jonquiere.

— ¡ Otra vez ese hombre ! murmuró con despecho.

Pero el capitán, á pesar de su vista perspicaz y experimentada, no pareció notar la indignación del joven.

— Venid, caballero, le dijo ; nos esperan.

Entonces Gastón, tranquilizado, considerando la importancia misma de la acción que iba á emprender, se adelantó con paso firme por la alfombra que apagaba el ruido de sus pisadas. Asemejábase á una sombra que se disponía á comparecer delante de otra.

En efecto, un hombre estaba sentado, ó por mejor decir, sepultado, mudo é inmóvil, en un ancho sitio dando la espalda á la puerta : de él no se distinguían más que las piernas, que tenia cruzadas una sobre otra. La luz de la única bujía que había sobre la mesa en un candelero de plata sobredorada, se hallaba cubierta con una pantalla y no iluminaba más que la parte inferior del cuerpo. La cabeza y los hombros estaban protegidos por la oscuridad que proyectaba sobre ellos la pantalla.

Sin embargo de todo y de la inmensa corbata en que se sepultaba á veces el rostro de aquel individuo, Gastón creyó reconocer en los rasgos de su fisonomía cierto aire de autoridad y de nobleza :

sin duda era noble y sabría apreciar á los de su clase. Gastón vió que aquel no era un capitán la Jonquiere : mostraba una sonrisa agradable, tenía ojos grandes, y sus miradas eran atrevidas y fijas, como las de los reyes ó las del águila. El caballero leyó en aquella frente pensamientos elevados, y en los finos contornos de la parte inferior del semblante, mucha prudencia y alguna firmeza.

— Al menos este es el águila, dijo para sí ; el otro era el cuervo ó á lo más el buitre.

El capitán la Jonquiere permaneció respetuosamente de pie, esforzándose en tomar una actitud marcial.

El desconocido, después de haber mirado por algún tiempo á Gastón, que le saludó en silencio, y con la misma atención con que éste le había mirado antes, se levantó, inclinó la cabeza con aire majestuoso, y se colocó de espaldas á la chimenea.

— Este caballero es la persona de quien he tenido el honor de hablar á V. E., dijo la Jonquiere ; el caballero Gastón de Chanlay.

El desconocido se inclinó de nuevo ligeramente, pero no contestó.

— ¡ Pardiez ! le dijo Dubois al oído, si vuestra alteza no le habla, no responderá.

— Según creo, caballero, ¿ llegáis de Bretaña ? preguntó el duque con frialdad.

— Sí, monseñor ; pero dignese V. E. perdonarme : el señor capitán la Jonquiere le ha dicho

mi nombre, y yo todavía no tengo el honor de saber el de V. E. Tal vez esta pregunta será descortés, pero es un tanto disculpable, porque no soy yo quien la hace, sino el país que me envía.

— Tenéis razón, caballero, se apresuró á decir la Jonquiere; y sacando de una cartera que había encima de la mesa un papel, en cuya parte inferior había una firma y estaba estampado el sello de las armas de España, añadió: Este es su nombre.

« Duque de Olivares, » leyó Gastón.

En seguida, volviéndose hacia el supuesto duque, sin observar el ligero encarnado que cubría sus mejillas, se inclinó respetuosamente.

— Ahora, caballero, dijo el desconocido, me parece que no vacilaréis en hablar.

— Yo creía tener que escuchar primero, repuso Gastón manteniéndose á la defensiva.

— Es verdad, caballero; pero vamos á empezar un diálogo, y cada uno hablará á su vez en la conversación.

— Señor duque, V. E. me hace demasiado honor, y voy á darle una prueba de confianza.

— Os escucho.

— Los estados de Bretaña....

— Los descontentos de Bretaña, interrumpió sonriéndose el regente á pesar de una mirada terrible por parte de Dubois.

— Esos descontentos son tantos, repuso Gastón,

que deben ser considerados como los representantes de la opinión de la provincia. No obstante, emplearé las palabras que me indica V. E. Los descontentos de Bretaña se dirigen por mi conducto á V. E. para saber las intenciones de España en este negocio.

— Sepamos primero las de Bretaña, replicó el regente.

— Monseñor, la España puede contar con nosotros, tiene nuestra palabra, y la lealtad bretona es proverbial.

— ¿Y á qué se han comprometido los bretones con la España?

— Á secundar en lo posible los esfuerzos de la nobleza francesa.

— Pero, ¿acaso no sois vosotros franceses?

— Monseñor, somos bretones. La Bretaña, reunida á la Francia por medio de un tratado, debe considerarse separada de ella desde el momento en que la Francia no respeta los derechos que en el tratado mismo se reconocieron á favor suyo.

— Si, ya estoy enterado de la antigua historia del contrato de Ana de Bretaña. Mucho tiempo hace que se firmó ese contrato, caballero.

El falso de la Jonquiere volvió á dirigir otra terrible mirada al regente.

— ¿Qué importa, replicó Gastón, si cada uno de nosotros lo sabe de memoria!